



Conferencia acerca de la Fuerza Aérea

Por el Comandante ALEXANDER P. DE SEVERSKY

(De la Revista *Air University Quarterly Review*.)

Esta Escuela, la Universidad Aérea, se me figura ser una institución notable. Es precisamente aquí donde las verdaderas táctica y estrategia del próximo conflicto deberán desarrollarse, y es ajustándome a esos fines como yo quiero dirigirme a vosotros.

Hoy día los hechos ofrecen pocas esperanzas o probabilidades de que las naciones sean capaces de resolver pacíficamente sus diferencias. Desgraciadamente, no se ha eliminado el peligro de un nuevo conflicto armado. El mundo es una baraúnda. Ha sido dividido geográficamente e ideológicamente en dos hemisferios. Para lograr un mundo en paz se me ocurren sólo dos caminos: primero, una de las ideologías sucumbirá ante la otra por contaminación e infiltración. El sistema más viril avasallará al más débil, produciendo una revolución desde dentro, haciendo que de este modo el mundo presente una sola ideología uniforme. La paz que siga puede durar cien años o ser eterna; y segundo, si no se consigue una victoria ideológica de este tipo por una de las partes, entonces se hace inevitable un conflicto militar. Realmente no hay bastante

sitio en este mundo para los dos sistemas diametralmente opuestos.

En efecto: tuvimos una magnífica oportunidad hace poco para eliminar otra guerra durante un siglo posiblemente. Eso fué el 7 de diciembre de 1941, cuando perdimos nuestra Marina. Si entonces nuestros dirigentes hubieran tenido la suficiente visión para poner nuestros recursos nacionales en apoyo de la Fuerza Aérea Estratégica, de gran radio de acción, hubiéramos podido terminar la guerra *por nuestro propio esfuerzo*, sin confiar en más aliados que la Gran Bretaña. Nos hubiéramos encontrado en condiciones de organizar el mundo dentro de las normas democráticas cuando se obtuvo la victoria, sin que nos hiciera la competencia ninguna fuerza dictatorial importante.

Si hubiéramos puesto la mayor proporción de nuestras energías y recursos nacionales en la Fuerza aérea ofensiva de gran radio de acción, podríamos haber terminado la guerra controlando por completo el espacio aéreo del Globo; podríamos atacar en cualquier punto de este planeta directamente con nuestras fuentes de energía en caso

de que las fuerzas totalitarias desafiaron nuestra civilización. Desgraciadamente, algunos de nuestros dirigentes, investidos con prevenciones estratégicas, no vieron las posibilidades estratégicas de los aviones. Sólo conocían las armas consagradas. En vez de crear una Fuerza aérea invencible de gran autonomía, desperdiciamos nuestra oportunidad y procedimos a reconstruir la Flota, encadenándonos de este modo a la anticuada estrategia de la lucha terrestre y marítima. Como ingeniero aeronáutico os puedo decir que podíamos haber creado entonces la Fuerza aérea suficiente mucho antes, en verdad, que reconstruimos las viejas armas. No fué un fallo de técnica, sino un fallo de estrategia lo que nos hizo aferrarnos a los antiguos métodos.

En 1939 consulté a Glenn Martin, a Donald Douglas, a la Boeing y a la Consolidated, así como a otros fabricantes. Puedo atestiguar que la industria se encontraba en condiciones para construir aeroplanos en aquel tiempo, que en 1943 podían haber volado directamente desde Alaska o Terranova hasta Asia y Europa, respectivamente; estos aviones podían haber depositado diez veces la carga de bombas que nuestras "Fortalezas volantes" arrojaron sobre Alemania. O con otras palabras: si hubiéramos decidido a su debido tiempo que la Fuerza aérea es la columna vertebral de la estrategia moderna, podíamos haber arrojado sobre Alemania en 1943 (no en 1944 ó 45) no ya un millón seiscientos mil toneladas de bombas (1.600.000), sino cincuenta millones de toneladas (50.000.000).

Los que hemos estado en Alemania sabemos que el país se hubiera hundido bajo el peso del bombardeo mucho antes de que nosotros movilizáramos el Ejército necesario para la invasión. Pero ignorábamos las posibilidades de la nueva estrategia. Entramos en la guerra con normas anticuadas y nos adherimos a ellas. Rompimos el principio básico del modo de hacer la guerra, emprendiendo simultáneamente la creación del mayor Ejército, la mayor Marina y la mayor Fuerza aérea de todos los tiempos. Al tratar de ser fuertes en todas partes, lo que conseguimos fué ser débiles en todas partes.

Además, después de unas cuantas experiencias logradas en combates, nos dimos cuenta de que nuestra estrategia tenía al-

gún defecto; por lo que procedimos a cambiar y variarla constantemente durante el conflicto. También esto era contrario a los principios fundamentales de la guerra.

Sin embargo, seguimos adelante con ello. ¿Por qué? Sencillamente porque como nación éramos tan terriblemente fuertes y ricos, que podíamos permitirnos el lujo de cometer errores de importancia y un derroche fantástico. Podíamos construir todas las armas necesarias para casi todos los tipos de estrategia y ganar todavía una guerra. Nos encontrábamos en situación de un peso pesado a quien se pusiera en el "ring" con un niño, que puede cometer errores, y a pesar de ello salir adelante. Puede dejar al niño en "k.o." a voluntad, y probablemente antes, por mero accidente.

Los alemanes eran extraordinariamente inteligentes en cuestión de técnica. Por lo que a las armas modernas se refiere, estaban más avanzados que nosotros; sin embargo, perdieron la guerra. ¿Por qué? En primer lugar, porque no tenían potencial humano y recursos naturales suficientes para resistir la gigantesca coalición de fuerzas que se oponían a ellos. En segundo lugar, porque en una situación totalitaria no podían explotar total o adecuadamente los recursos disponibles ni toda la facultad creadora de su pueblo.

Pero lo que es más importante de todo, los alemanes perdieron (aunque estaban más adelantados que nosotros en proyectos de aviones y en otros muchos aspectos) porque les faltaba el conocimiento militar. Su estrategia estaba equivocada, y debido a su régimen dictatorial siguió siendo equivocada hasta el mismo final. La derrota alemana se alza como ejemplo de cómo una nación puede perder, a pesar de las ventajas técnicas tremendas que posea, si no cuenta con la necesaria preparación mental en cuestiones militares; cuando ofrece defectos en la ciencia y arte de la guerra. Otra deducción de esa experiencia es que un país que tenga la necesaria habilidad militar puede ganar una, no obstante la inferioridad de sus armas y lo más limitado de sus recursos.

El Japón se encontraba en una situación aún peor que la de Alemania, ya que no sólo era deficiente en recursos, sino que sus conocimientos técnicos y su pensamiento militar eran muy limitados. Siendo los ja-

poneses grandes imitadores, procedieron a imitar a América en todos los aspectos, copiando no solamente nuestras virtudes, sino también, e incluso principalmente, nuestros defectos. Empezaron a crear lo que nosotros creábamos: fuerzas de tierra, mar y aire, simultáneamente. Aunque sus recursos estaban tan enormemente limitados, fueron lo bastante estúpidos para construir los dos mayores acorazados del mundo, que nunca llegaron a combatir y se fueron al fondo del mar por la acción de unos pocos aviones.

Si los japoneses hubieran hecho en primer lugar lo primero y hubieran encaminado principalmente sus recursos naturales hacia una Fuerza aérea, todo el cuadro del Pacífico podía haber sido diferente. Con una Fuerza aérea eficaz podían haber impedido que nosotros estableciéramos el control del aire sobre el Japón, que fué lo que nos permitió derrotarlos.

Aquellos de vosotros que, como yo, habéis volado sobre aquel país y habéis visto su suelo y sus barreras naturales, debéis haber llegado a idénticas conclusiones que las mías. Si la Fuerza aérea se hubiera mantenido por ambas partes en un papel táctico que apoyara la estrategia de superficie, la guerra podía haber durado por muchas generaciones y terminado en tablas cuando ambos contendientes estuvieran totalmente exhaustos. Lo que hizo inclinarse la balanza fué que nosotros, al fin, acudimos a la Fuerza aérea estratégica; logramos la capacidad de atacar directamente las fuentes de energía japonesa en su propio país y destruirlas. El enemigo, incapaz de mantener el control del aire, fué vencido.

Como he dicho antes, rompimos todas las reglas básicas del modo de hacer la guerra. Libramos la guerra menos científica y más de aficionados que se conoce; pero vencimos a los japoneses. Era un gigante que jugaba con un pigmeo. Esto lo reconoció inconscientemente el Almirante Halsey en su famosa declaración: "Cuando entramos en la bahía de Sagami, el 27 de agosto, fuimos recibidos por casi toda la Marina japonesa: un destructor despreciable, sucio, deprimente, anticuado. Entonces sentí vergüenza de pensar que nos había costado cuatro años el terminar la guerra con esa gente."

Naturalmente, nos costó cuatro años (y una enorme profusión de sangre y esencia)

porque confiamos en una estrategia anticuada. El tiempo extra no hubiera sido grande si no fuera porque supuso la pérdida de más vidas que las que eran necesarias sacrificar.

Nuestros directores militares más destacados estaban obsesionados con la idea de que la guerra tenía que terminar sobre la superficie, en el campo, en una batalla frente a frente. Pero no teníamos bastante potencial humano para ese tipo de victoria. Por tanto, nuestros estrategas decidieron un plan atrevido. Optaron por hacer de Rusia y China, que tenían potencial humano ilimitado, unas grandes máquinas militares. Haciendo que los Ejércitos rusos y chinos asumieran el peso de reducir los Ejércitos alemanes y japoneses, podíamos nosotros disponernos a una victoria fácil, salvando seguramente muchísimas vidas americanas valiosas.

Pero ¿qué sucedió? El acertado plan se volvió contra nosotros. Creamos en Europa un monstruo al estilo Frankenstein, que hoy día amenaza la paz del mundo y nos amenaza con la pérdida de millones de vidas americanas. Casi llegamos a crear otro monstruo Frankenstein en Asia; pero, afortunadamente, nuestra Fuerza aérea pudo desarrollar un ímpetu suficiente para terminar la guerra antes de que eso sucediera. Pero el monstruo europeo—producto directo de nuestra estrategia, falta de visión y anticuada—sigue siendo para nosotros un problema terrible. Si hubiéramos empleado nuestros recursos naturales adecuadamente para crear una Fuerza aérea con que derrotar a Alemania con nuestras propias fuerzas sin tener que armar a ninguna otra nación, nos hubiéramos evitado los quebraderos de cabeza de la postguerra, que hacen que inevitablemente se hable de una tercera guerra mundial.

Pero eso pertenece al pasado. Hoy tenemos que pensar seria y claramente acerca de cómo podemos protegernos en un futuro inmediato. No quiero que penséis que considero la guerra inevitable. Lo que sí creo es que estamos abocados a una, a menos que seamos lo suficientemente fuertes como para desanimar a cualquier potencia que pudiera amenazar la paz. La debilidad militar americana es lo más a propósito para provocar un conflicto militar.

Veamos brevemente cómo podríamos organizar nuestras defensas militares. Con ello, cuando hablo del futuro, no quiero decir dentro de cincuenta o treinta y cinco años; pienso dentro de cinco o diez años. Las exigencias de este período más corto son de suprema importancia.

La primera guerra mundial fué, en general, una guerra de posición. Dos Ejércitos estuvieron forcejeando durante años. Se desplegaron en dos sistemas de trincheras y se disparaba desde ellas. La segunda guerra mundial fué una guerra de movimiento por toda la superficie de la Tierra.

La tercera guerra mundial está destinada a ser otra vez una guerra de posición; pero en una escala global. Dos adversarios en lados respectivos de la Tierra, cada uno equipado con armas de gran autonomía, serán como dos fortalezas que poseyendo artillería fueran a atacar cualquier parte de la fortaleza contraria. Y dispararán como las fuerzas atrincheradas lo hicieron durante la primera guerra mundial.

Si esto sucede mañana antes de que dispongamos de armas de largo alcance, seguiremos librando una continuación de la segunda guerra mundial en cuanto a los métodos. Dentro de cinco o diez años la "artillería" estará representada por bombarderos y cazas de gran autonomía, aunque de características militares algo distintas de los de la última guerra. Más tarde éstos pueden ser reemplazados por bombas-cohetes, y más tarde todavía, por cohetes dirigidos. Pero la naturaleza de la "artillería" no alterará la ecuación estratégica. Seguiremos teniendo dos fortalezas que se atacan mutuamente.

En una parte del Globo está Eurasia, en la otra América, y entre ellas la región ártica como tierra de nadie. Estratégicamente los adversarios estarán estacionados, clavados en sus posiciones. Tácticamente, por supuesto, habrá mucho movimiento, movimiento principalmente aéreo. Los muros de estas fortalezas encerradas en este forcejeo deberá ser su Fuerza aérea *defensiva*; quien penetre en los muros de cualquiera de las fortalezas deberá ser la Fuerza aérea *ofensiva* enemiga.

Así, si la guerra tiene lugar dentro de cinco, diez o quince años, la primera conse-

cuencia será una batalla aérea por el dominio del océano aéreo: victoria en el aire, que será un factor decisivo. Por eso es por lo que no nos atrevemos a repetir el error de la última guerra y seguir agotando nuestros recursos creando todo lo que se nos ocurre. Sencillamente no podemos permitirnos el lujo de crear una infinita variedad de armas, dejarlas en los estantes, y después, cuando llegue la guerra, coger las que creemos nos son necesarias y arrojar el resto a la basura. Sencillamente no tenemos el potencial humano ni los materiales para tal procedimiento de derroche y falta de sentido científico.

En el futuro nos enfrentaremos con un enemigo que posee recursos y potencial humano inmensos. Si nuevamente tratamos de crear el mayor Ejército, la mayor Marina y la mayor Fuerza aérea y dotarlos con toda la variedad concebible de armas, necesitaremos, no una población de 135 millones, sino de miles de millones, y recursos naturales de magnitud incalculable.

El único camino que con sentido común nos puede preparar para la victoria es resolver aquí ahora que lo primero debe ser lo primero. Si no logramos el control del aire, todas las demás armas y estrategias serán inútiles; no llegarán a actuar jamás. Siendo así, debemos dedicar inmediatamente la mayor parte de nuestros recursos naturales y de nuestras posibilidades obreras a crear una protección aérea inexpugnable sobre nosotros.

Realmente no hay nada en absoluto inexpugnable en la verdadera acepción militar; pero nuestra protección aérea deberá ser tan intensa que pueda infligir al enemigo un ritmo de desgaste que supere su capacidad de recuperación. Principalmente debemos crear una Fuerza aérea atacante capaz de penetrar y destruir los muros aéreos de la fortaleza contraria. La destrucción del enemigo se logrará librando la guerra sobre sus cabezas. Y esto será en sí un fin, no simplemente un prelude a la invasión. Personalmente estoy enteramente convencido de que no será necesaria la invasión militar. El vencedor puede decidir, ocupar y mantener la región conquistada por razones económicas o políticas; pero la invasión, como parte integrante de la victoria militar

completa, será cosa que pertenezca al pasado.

Incluso durante la última guerra no tuvimos que ocupar Alemania y el Japón desde el punto de vista puramente militar. Una vez logrado el control del aire sobre aquellos países, podíamos haberlos bombardeado hasta destruir el último vestigio de su civilización industrial y haberlos dejado extrayendo escombros por espacio de dos o tres generaciones.

Ocupamos aquellos territorios porque la ocupación era el gran final tradicional y admitido de la victoria, de acuerdo con la idea militar al viejo estilo. Naturalmente, en el pasado los medios con que el enemigo contara para hacer la guerra no podían ser destruidos sin la entrada del Ejército victorioso que pusiera sus manos sobre todo el conjunto industrial y les impidiera fabricar armas de guerra. La ocupación y la retención del territorio enemigo era así el final natural y necesario del conflicto.

La justificación de la ocupación en la última guerra fué esencialmente política. Sucedió que entre nuestros aliados había una nación de ideología totalmente diferente. Las naciones derrotadas y devastadas eran campos propicios para esa ideología. Por tanto, teníamos que ocupar el mayor sector posible para impedir que se convirtiera en un territorio totalitario. Tuvimos que ayudar a los vencidos a rehabilitarse y organizar su sociedad dentro de las normas afines a las nuestras.

Pero en un futuro previsible, sólo habrá dos partes contendientes en el mundo. Gane quien gane, no habrá un tercer partido que ocupe y avasalle ideológicamente ninguna de las regiones conquistadas. Por eso es por lo que la próxima guerra terminará con la destrucción total del adversario y sin necesidad de llevar a cabo una ocupación militar tal como antes se entendía.

Me siento inclinado a creer que el Ejército aerotransportado del General Devers no habrá de emplearse nunca. Una vez que nuestro contrario haya sido derrotado, sólo hará falta realizar una invasión civil (es decir, hombres de negocios, educadores, industriales y doctores).

Tampoco creo en bases fuera de los límites. Antiguamente necesitábamos bases, tan-

to estacionarias como flotantes, para nuestra Fuerza aérea, porque los aviones no poseían suficiente autonomía. En el futuro atacaremos al enemigo recorriendo cualquier distancia que sea preciso desde nuestras bases nacionales. Algunos seguirán diciendo que, independientemente de la autonomía, si estamos más cerca del objetivo podemos utilizar menos combustible y llevar más explosivos. Sin embargo, esta ligera ventaja táctica se verá compensada por grandes desventajas estratégicas. Permittedme que lo explique por analogía con el transporte aéreo.

No cabe duda que un avión que vuela desde Nueva York a Los Angeles podría llevar muchos más pasajeros si hiciera varias paradas para repostarse de combustible a intervalos frecuentes. ¿Por qué preferimos entonces el vuelo sin escala? Porque la eficacia total hace que un gran número de paradas resulte poco práctico y ruinoso. Unas consideraciones de conjunto similares (que equivale a decir consideraciones estratégicas) se pueden aplicar a las bases militares, que en definitiva, analizándolas, son etapas camino del objetivo enemigo.

Es cierto que tales bases tal vez nos permitan añadir un poco de carga explosiva. Pero si con objeto de hacerlo así tenemos que gastar enormes cantidades de nuestros recursos nacionales para que las fuerzas navales y terrestres mantengan y abastezcan estos puntos intermedios, eso contrarrestará con mucho la ventaja táctica obtenida. El coste que suponga mantener, proteger y abastecer tales bases está muy fuera de proporción si se compara con los beneficios que ofrecen.

En el futuro, con aviones capaces de entregar su carga explosiva directamente desde los mismos orígenes de nuestra fuerza, la conservación de bases en ultramar carecerán sencillamente de sentido militar o económico. Durante la última guerra tuve ocasión de comparar nuestros ataques contra Europa desde bases europeas con los ataques directos librados a través del Atlántico. Tuve que resolver por cálculo el trabajo y material empleados en fuerzas navales para limpiar de submarinos el Atlántico y abastecer las bases; para transportar y abastecer los Ejércitos que ocupaban y aten-

dían las bases. No cabe duda que la inversión era colosal.

Si solamente hubiéramos empleado una fracción de esa inversión en Fuerzas aéreas de gran autonomía—si hubiéramos montado directamente desde, vamos a suponer, Terranova nuestra ofensiva de bombardeo—, podríamos haber descargado sobre Alemania una carga de explosivos varias veces mayor por la décima parte del coste que el mismo ataque supuso desde bases inmediatas. Y lo que aún vale más, se hubieran podido salvar las vidas invertidas en la lucha por conseguir esas bases cercanas.

Las bases avanzadas sólo se emplearán en el futuro para un ataque de sorpresa inicial. Pero incluso con las bombas atómicas, un ataque de sorpresa de este tipo apenas puede ofrecer resultados decisivos. Y si estos ataques iniciales desde bases lejanas no consiguen ser decisivos, entonces habrá que abandonarlos inmediatamente, a menos que estemos preparados y decididos a defenderlos con una potencia aérea igual a la del enemigo, lo cual supondría una potencia equivalente a toda su Fuerza aérea.

De este modo es posible prescribir una regla definitiva para el empleo de bases fuera de la tierra firme de una nación. Excepcionalmente el ataque de sorpresa inicial, *las bases alejadas que se pretenda utilizar para un ataque decisivo deberán estar situadas de modo que cualquier contraataque contra ellas suponga para el enemigo correr el riesgo de tener que librar una batalla aérea importante que resulte definitiva*. O lo que es lo mismo, estas bases deben estar emplazadas de modo que puedan verse protegidas por toda nuestra Fuerza aérea "en potencia". Una base que no pueda reunir tales defensas aéreas será arrasada instantáneamente por la Fuerza aérea contraria.

Cuando ya no tenga importancia la autonomía o la distancia, ¿cómo podrá una base avanzada reducida o unas bases flotantes, tales como un portaviones, resistir el asalto de toda la Fuerza aérea del enemigo? Hacer esta pregunta es contestarla. Por eso es por lo que yo creo que en el futuro todas las bases flotantes, así como las situadas en islas diseminadas por el océano, serán totalmente superfluas. La riqueza y la energía empleadas en dotarlas de medios de defensa serán también malgastadas. Las armas

que se construyan para defenderlas se conservarán en espera y nunca llegarán a actuar.

Pero antes voy a discutir la bomba atómica y después discutiremos el equipo que requiere la estrategia aérea a gran distancia, directa.

Después que he estudiado las destrucciones aéreas en términos generales durante cinco meses en Alemania y Europa, el Secretario de Guerra me pidió que hiciera un examen similar en el Japón. De acuerdo con sus deseos, pasé dos meses en aquel país estudiando los resultados de nuestro bombardeo de objetivos japoneses. Pasé varios días en Hiroshima y Nagasaki. Más tarde, después de haber regresado del Japón, el Secretario de Guerra me envió como representante suyo a Bikini para presenciar allí las pruebas de la bomba atómica.

Téngase entendido que yo no "valoro en menos" la bomba atómica. Es un arma todo lo horrible que generalmente se describe. Pero creo que el valor militar que muchísima gente le asigna es completamente desproporcionado. Hay mucha charlatanería y exageración acerca de la bomba, que confunde al hombre corriente y desfigura la comprensión de nuestras necesidades de defensa nacional.

Oímos decir de la bomba atómica cosas tan terribles, como que puede destruir continentes con sólo un impacto y que puede incluso explotar todo el planeta. Si pudiera construirse una bomba así, podemos estar seguros de que algún hombre de ciencia la haría explotar nada más que por el gusto de probar que puede hacerse. Y naturalmente, si se puede conseguir una bomba capaz de arrasar una nación importante o de destruir el planeta, nuestro problema de defensa nacional se verá simplificado: en realidad desaparecerá. En esas circunstancias no procederá discutir ninguna estrategia militar.

Pero por lo que yo sé, incluso la observación personal de la destrucción causada por la bomba atómica, tales horrores imaginativos son un poco prematuros. La bomba puede doblar, triplicar o cuadruplicar su poder ofensivo; pero por lo que puede preverse, todavía existirá un límite práctico y táctico a su tamaño, porque resultará un

derroche aumentar la expansión de la explosión en un proyectil.

Durante mucho tiempo la bomba atómica será necesariamente de capacidad limitada, capaz de destruir solamente un objetivo específico. Mientras eso sea cierto, el arte de la guerra seguirá teniendo sentido. Los planes estratégicos no han sido cancelados. Por lo que yo he visto en Hiroshima y Nagasaki, ninguna bomba del tipo de las empleadas en el Japón—ni tampoco dos ni tres—podrán destruir una gran ciudad de hormigón armado y acero como Nueva York y Chicago. Los hombres de ciencia que insisten en que una bomba atómica es capaz de arrasarse por completo cualquier capital moderna, se aventuran más allá de lo que deben.

Animados por su inocencia militar calculan el número de bombas necesarias para destruir las capitales más importantes de este u otro país. Sus cálculos se basan, naturalmente, en que en todo momento los impactos lograrán una eficacia cien por cien. A los militares les puede parecer esto divertido; pero el hombre de la calle corriente está convencido, sin género de duda, de que la precisión viene a ser de una bomba por cada objetivo. Probablemente conoceréis un chiste que ha venido circulando recientemente; lo repito porque refleja las suposiciones que prevalecen acerca de la bomba atómica.

Se achaca la historieta a Mr. Baruch. Seguramente alguien le preguntó cuántas bombas atómicas harían falta para destruir Francia. Después de contar meditativamente las principales capitales con los dedos de la mano, respondió: "Creo que unas treinta y siete bombas." "¿Cuántas—le preguntaron entonces—serían necesarias para destruir Inglaterra?" Otra vez se puso a contar las principales capitales inglesas, después de lo cual exclamó: "Creo que harían falta sesenta bombas atómicas."

"¿Y cuántas bombas harían falta para destruir Rusia?" le preguntaron finalmente; a lo que replicó sin vacilar un momento: "Ciento treinta y ocho."

Pues esto me parece a mí una historia divertida, y estoy con la ideología que ella implica. Pero hablando seriamente, la idea de una bomba por cada ciudad está dema-

siado extendida entre el vulgo para que nos proporcione tranquilidad y seguridad.

Se trata de una impresión difundida por los hombres de ciencia, quienes, aunque son grandes especialistas en su propia materia, son totalmente ignorantes en el campo de la ciencia militar.

Supongamos que operamos contra el Japón o Alemania basándonos en esta aritmética tan sencilla. Vamos a decir que sabíamos que Alemania tenía 82 objetivos importantes que era preciso destruir con objeto de imposibilitar su capacidad de hacer la guerra, y que disponíamos exactamente del número de bombas teóricamente necesarias para llevarlo a cabo, bajo condiciones ideales, con una precisión cien por cien, y nada más; y esto, teneo presente, antes de haber decidido conseguir el control del aire. No puede imaginarse nada más absurdo. La gente se olvida de que incluso en las prácticas de tiro en tiempo de paz, la media lograda viene a ser del 50 por 100, aunque en algunos casos excepcionales se puedan lograr el 90 ó el 100 por 100 de impactos directos.

Pero los mismos hombres en condiciones de combate rara vez exceden del 3 por 100.

Cuando empezáis a calcular cuántas bombas atómicas harían falta para destruir Nueva York, debíais por lo menos tomar en consideración la mayor precisión que pueda lograrse en condiciones de combate desesperadas. La idea de que basta una bomba por cada ciudad, es absurda; pero concediendo que 10 ó 15 bombas idealmente espaciadas, bajo condiciones de vuelo y bombardeo ideales, podían destruir Nueva York, ¿qué pasa con las fuerzas defensoras? Considerando la experiencia anterior, cuando la descarga de explosivos sobre un objetivo contra un enemigo que tenía su Fuerza aérea intacta, haría falta probablemente llevar por vía aérea 300 bombas en dirección a Nueva York para lograr 10 ó 15 impactos directos.

Estas bombas cuestan hoy día millones de dólares. Es posible que más adelante sean menos caras, pero siempre enormemente costosas en trabajo y materiales, cualquiera que sea su equivalencia en moneda. Si confiamos enteramente en las bombas atómicas y deseamos destruir algunos de los objetivos importantes de Rusia en condicio-

nes de combate, podríamos necesitar tantas bombas que nuestro potencial humano y materiales disponibles habrían de ser dedicados a ese proyecto atómico único, no quedando margen para fabricar aviones que puedan descargar las bombas ni otras armas necesarias para la continuación de la guerra. No hay que olvidar que en la ecuación estratégica uno de los factores es la economía total.

Además, la bomba atómica está muy lejos de ser el arma que sirve para todo, como supone el lego en la materia. Todavía habrá, por lo que se prevé, cierto número de objetivos que no pueden ser destruidos por bombas atómicas que exploten en el aire. Podemos encontrar, por ejemplo, que en ciertas condiciones los explosivos corrientes de bombas perforadoras de blindaje movidas por cohetes son más eficaces. En cualquier caso tengo la impresión de que la charlatanería acerca de la supereficacia de la bomba atómica oscurece un poco la comprensión popular del verdadero significado de la defensa nacional.

Me temo que algunos de nuestros militares contribuyen inconscientemente a ello. Asistí a una conferencia de un Oficial acerca de los planes para defender Nueva York en el supuesto de que fuera sometido a bombas capaces de destruir seis kilómetros cuadrados cada una. Le siguió un Oficial que discutió el mismo problema, pero que elevó lo anterior a 600 kilómetros cuadrados por bomba. Se concibe que venga un tercero diciendo que existe una bomba extraordinaria capaz de destruir 6.000 kilómetros cuadrados.

Hay quien va más lejos. Eliminan el trabajo de descargar la bomba. Explorará en cualquier parte del Pacífico; después de lo cual las nubes radioactivas letales, de polvo, envolverán nuestro Continente hasta el Atlántico, destruyendo a su paso toda la vida. Lo que no se explica es por qué las nubes no han de seguir avanzando hasta Europa, la Rusia europea y Siberia. De todos modos, toda la propaganda terrorífica que se hace de la bomba atómica implica que es mucho más eficaz contra el Continente americano que contra, vamos a suponer, Rusia. No quiero hacer ninguna acusación; pero tengo mis motivos para sospechar que por lo menos parte de esta terrorífica propagan-

da es de color de rosa, si no rojo. Por una parte parece tener como fin obligarnos a entregar nuestros conocimientos atómicos, lo que, naturalmente, sería un error trágico y estúpido. Por otra parte, parece que intenta extender un espíritu de derrota, haciendo suponer que cualquier guerra defensiva equivaldría al suicidio.

La energía atómica, tal como se conoce hoy, es en esencia un explosivo: el explosivo más mortífero inventado hasta ahora. Su empleo militar adecuado constituye un problema para los que planean las guerras, así como para los estrategas. Sin embargo, parece como si todos los hombres de ciencia se hubieran convertido en estrategas militares de la noche a la mañana. Nos informan, con acento de autoridad, no sólo acerca de la naturaleza de la bomba, que encuadra dentro de su esfera, sino también acerca de las instituciones militares, cosa que está fuera de su rama. Recuerdo, por ejemplo, un artículo del doctor Einstein, el genio de la relatividad, acerca de un Ejército internacional que vendría a ser el instrumento más importante de las Naciones Unidas. Ahora bien: el doctor Einstein es un gran físico, y debemos escucharle con respeto ilimitado cuando habla de cualquier aspecto de la Física; pero cuando habla de la organización y la ciencia militar, es muy posible que diga tonterías, como cualquier lego en la materia.

Es cierto que algunos hombres de ciencia fueron lo bastante perspicaces para asimilar las posibilidades de la Fuerza aérea y aplicar lo que aprendieron a la energía atómica.

Así, uno de ellos dijo que cuanto más industrializada esté una nación, más vulnerable es al ataque de la bomba atómica. Lo cual resultó ser una cita directa extraída de un libro denominado "Victoria por medio de la Fuerza aérea".

El error cometido por este hombre de ciencia consistía en considerar la energía atómica como si fuera una nueva fuerza en el sentido estrictamente militar; es decir, en el sentido en que nosotros hablamos del Ejército, de la Marina y de la Fuerza aérea como fuerzas militares. En esto estaba equivocado, y todos los que así lo consideran, también. Una potencia militar es una fuerza nacional capaz de imponer la voluntad de su pueblo al enemigo. La bomba

atómica por sí misma no puede hacer esto. Es sencillamente un explosivo muy mejorado, y como tal, un arma de las fuerzas militares existentes, y específicamente de la Fuerza aérea.

La energía atómica en la etapa actual es un explosivo puro y sencillo, y por sí sola nunca puede ser factor decisivo en la guerra. Tiene que ser llevada todavía al objetivo enemigo por una fuerza militar o por una combinación de varias fuerzas militares. Mientras que la bomba atómica pueda simplemente destruir un objetivo, seguirá siendo sencillamente un arma más eficaz a disposición de la Fuerza aérea. Uno de nuestros articulistas militares declaró, después de Bikini, que la potencia militar relativa de las naciones, de allí en adelante, se mediría por sus existencias atómicas relativas. Esto me parece, militarmente hablando, una tontería. El acopio de bombas atómicas como tal carece de sentido, tanto como el acopio de otro cualquier explosivo.

Si un enemigo consiguiera apoderarse del dominio del aire sobre los Estados Unidos, nuestras existencias de bombas no nos servirían para nada. Una vez que el enemigo goza de libertad para navegar sobre nuestro país, procederá a demolernos a placer: con bombas atómicas o con el antiguo TNT, o si le da la gana, con sacos de patatas, si son lo bastante pesados. En cuanto a las existencias de bombas atómicas que poseamos en estas circunstancias, podríamos utilizarlas para jugar a los bolos.

Mi opinión es que la bomba atómica es un arma de lo más potente; pero sólo en las manos de un país que esté preparado para conseguir el control del océano aéreo y que tenga la capacidad de descargar dicha bomba en el momento debido y contra el objetivo adecuado.

Otro concepto erróneo acerca de la bomba atómica es que representa la forma más barata de destrucción. Esto no es cierto. Es un error apoyado por el hecho de que Hiroshima—ciudad que carecía de defensas activas o pasivas—fué destruída por un solo avión que voló a plena luz del día para arrojar una sola bomba. La historia hubiera sido muy distinta si Hiroshima hubiera sido una ciudad de tipo moderno protegida por tipos modernos de Fuerza aérea. En el futuro no

contaremos con unas condiciones así desfavorables en tiempo de guerra.

Aquellos de vosotros que tomasteis parte en el bombardeo de Alemania, cuando la Luftwaffe de Hitler "existía", sabéis que el bombardeo aéreo no es un procedimiento barato que se mide en material y en vidas. En el futuro, cuando el enemigo esté perfectamente preparado para interceptar nuestra acción ofensiva, el descargar bombas atómicas no sería con seguridad una empresa barata. Será muy costosa en aviones y en vidas, porque indiscutiblemente los principales recursos de todas las grandes naciones se dedicarán a la Fuerza aérea, y entonces los cielos se convertirán en el principal campo de combate.

No olvidemos que la razón por la que la última guerra terminó con bajas relativamente pequeñas por nuestra parte fué debido a que gozamos de la ventaja del elemento sorpresa. Y la acción por sorpresa es el único atajo que conduce a una victoria poco costosa. Ese elemento de sorpresa estaba constituido por nuestra Fuerza Aérea Estratégica. Alemania y el Japón no estaban preparados para esta aplicación de nuestro potencial aéreo. En realidad, casi fué una gran sorpresa intelectual para nuestro propio alto mando, quiénes, desde fuera, no creían que resultara bien.

La Fuerza Aérea Estratégica fué virtualmente metida de contrabando en nuestra estrategia total por un grupo incondicional de nuestros aviadores, que poseían un valor moral magnífico y un sacrificio personal impresionante. Olvidamos demasiado fácilmente, ahora que la verdad de su concepto ha sido reconocida en términos más generales, que los hombres que apoyaron la idea perdieron promociones, fueron reclusos en puestos sin importancia y se les "desanimó" de mil maneras, y sin embargo, siguieron defendiendo su punto de vista e impusieron la Fuerza Aérea Estratégica dentro de la estrategia nacional, por medio de una consumada tenacidad. Su abnegación nos produjo grandes dividendos. Dió origen a una sorpresa intelectual que cogió desprevenidos a nuestros enemigos y nos permitió terminar la guerra con pérdidas relativamente ligeras.

Repito que en toda la historia de la ciencia militar las guerras se han ganado sólo

de dos maneras: o bien por una enorme preponderancia de fuerza, en la que el vencido era aniquilado por el peso de la máquina militar victoriosa, o bien mediante la acción por sorpresa. Habrá otros tipos de sorpresas estratégicas intelectuales en las guerras futuras, pero no el empleo estratégico de la Fuerza aérea. Todo país capaz de librar una guerra moderna está ahora perfectamente informado del significado de la Fuerza aérea, y sencillamente por sentido común encauzan sus principales recursos dentro de la tercera dimensión.

Las últimas noticias recibidas de Rusia no dejan duda de que la nación de Stalin también se mueve en pos de la Fuerza Aérea Estratégica, aunque Rusia no llegó a apreciar enteramente este tipo de fuerza hasta el final de la guerra, cuando fué capaz de apreciar la destrucción infligida a Europa por la Fuerza aérea aliada. Inmediatamente después del Día de la Victoria en Europa tuve ocasión de hablar con muchos Generales rusos. Trataron de explicarme que lo que nosotros hicimos con la Aviación ellos lo hicieron con la artillería; las dos cosas eran equivalentes, según su modo de pensar. Pero aparentemente cambiaron de parecer después que estudiaron los resultados del bombardeo estratégico. Desde entonces Rusia ha comenzado a fabricar bombarderos de gran autonomía.

Quiero también señalar que los que esperan que la próxima guerra sea corta (cuestión de días o incluso de horas) pueden estar seriamente equivocados. Después de analizar los efectos de la Aviación sobre Alemania, estoy impresionado ante el grado de castigo que un país en guerra en que se arriesga la vida puede absorber. Incluso si la bomba atómica del mañana es varias veces más destructora que la de hoy, existe todavía la probabilidad de una lucha prolongada.

Observando los destrozos que vi en Alemania, me resultaba difícil creer que la gente hubiera podido resistir tanta desgracia durante mucho tiempo. Pero lo resistieron. Su moral y su resistencia eran extraordinarias. Me demostró una vez más que no es prever el horror lo que inclina al enemigo

a rendirse, sino la verdadera destrucción material y la anulación de sus medios de hacer la guerra. Por eso es por lo que yo no creo que sea posible acobardar a una nación sólo con la amenaza de la guerra atómica. Será preciso anular la capacidad de hacer la guerra que aquella nación posea, como sucedió en el pasado. Alemania se rindió cuando el 80 por 100 de su potencial industrial estaba paralizado. Cualquiera que fuera el explosivo que se utilizara habría sido preciso para producir una paralización semejante.

La novedad esencial de la bomba atómica, aparte de su poder muchísimo mayor, es su carácter triple. Se trata de una bomba incendiaria mediante el calor que despiden al estallar; produce expansión y es venenosa por su radioactividad. Todavía no se posee una defensa contra el carácter radioactivo, a excepción de la distancia y la masa. Seis pies de hormigón armado o varias pulgadas de plomo pueden proteger la vida humana. Indudablemente eso es demasiado pesado para una defensa móvil, pero podrían organizarse tipos de defensa pasiva. Los refugios y la distribución de la población y otras medidas podrían reducir al mínimo la acción letal de la bomba atómica hasta un punto en que pudiera mantenerse la resistencia durante largo tiempo.

En la era atómica, como anteriormente, la fuente material de la potencia de un enemigo deberá ser destruída antes de que se hunda. O dicho de otra manera: deberá realizarse un cierto grado de destrucción apropiada (el que se empleen explosivos más mortíferos no traerá consigo una victoria más temprana).

Resumiendo: La próxima guerra se librará en el aire. La parte que asuma primero el control efectivo de los cielos sobre la nación enemiga, y de este modo destruya su posibilidad de descargar bombas atómicas, será la que gane. Después de eso, como ya lo he indicado, no existirá razón para una invasión, a menos que el país vencido posea algo que el vencedor necesite para sí. En el caso de América, por lo que se me alcanza, no hay nada que apetezcamos tomar de parte alguna.